



Al comenzar la celebración eucarística, la Iglesia nos invita a unir nuestras voces en el canto de

entrada. A veces, este canto se reduce a la recitación de un breve texto bíblico, sostenido por un hermoso acompañamiento musical que abraza y profundiza las palabras proclamadas al inicio que, en este día, son: *«Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Volverá como lo habéis visto marcharse al cielo.»*

Un horizonte de esperanza

No es un simple inicio ni un adorno previo al rito: es un acto espiritual que dispone el corazón para saborear el misterio que celebramos: la **Ascensión del Señor**. Desde el primer momento, la liturgia abre nuestro interior a un horizonte de esperanza: Cristo asciende al cielo, pero no abandona a su Iglesia. Por eso, la celebración no comienza con tristeza, sino con un **júbilo interior que recrea el alma**.

El Señor glorificado entra en el abrazo entrañable del Padre —que eso es la gloria de Dios— llevando consigo nuestra humanidad redimida del pecado y de la muerte. El cielo se abre, los ángeles se maravillan, y la Iglesia canta agradecida. Cristo asciende como **sacerdote eterno, rey victorioso y hermano nuestro**, que nos ha precedido en el camino hacia el Reino de los cielos. San León Magno lo expresa con luminosa claridad al escribir: *«La gloria de la Cabeza es esperanza para el Cuerpo.»* Así lo recordamos hoy, celebrando que nuestra vida no está encerrada en lo pasajero.

Una promesa

En este día resuena con fuerza nueva la

promesa que se nos hizo... en aquella ocasión: *«Volverá.»* No se fue para dejarnos solos, sino para prepararnos un lugar y para que su Espíritu habite en nosotros, como lo celebraremos el próximo domingo en la fiesta de Pentecostés.



La sabiduría del evangelio

La sabiduría de la Iglesia nos enseña que la Ascensión inaugura un tiempo nuevo: **el tiempo de la esperanza vigilante**. No es una actitud ansiosa ni un cálculo del momento, sino una apertura del corazón que nos mantiene despiertos, ante las sorpresas de Dios, porque la sorpresa es el lenguaje del cielo. Y Él se revela así: en lo pequeño, en lo inesperado, en lo que no controlamos. La Escritura está llena de irrupciones divinas donde nadie las esperaba: en la zarza que arde, en la voz suave del silencio, en el pesebre de Belén, en la mañana de Pascua. El Altísimo siempre desconcierta porque es más grande que nuestros cálculos, y más cercano que nuestros miedos.

Dejarse asombrar

Dejarse asombrar es, por tanto, un acto de **humildad**: reconocer que no lo sabemos todo, que

no lo controlamos todo, que no somos dueños del camino. Solo quien se abre puede recibir; solo quien se deja descolocar puede crecer. La sorpresa es una puerta que Dios abre para que entremos en su eterna novedad, que no conoce fin.

Es un acto de **confianza**. Quien deja que le despierten el alma, no teme perder el control, porque sabe que la iniciativa es de Dios y que sus caminos son siempre senderos de vida. La sorpresa divina no desestabiliza: **ensancha**. No confunde: **purifica**. No rompe: **reordena**. Es una forma de vigilancia, porque el corazón vigilante no vive en tensión, sino despierto, atento a los signos, disponible para lo que Dios quiera hacer.

La sorpresa es la **aurora que se cuele en la oscuridad de la noche**, anunciando que el Señor está cerca.

Cultivando una forma de vivir

Jesús nos invita a cultivar esta forma de vivir, porque conoce la fragilidad del corazón humano: se adormece en la rutina, se deja enredar por la prisa, cae fácilmente en la autosuficiencia, y el pesimismo puede echar raíces profundas que cuesta arrancar. La vigilancia es, entonces, un arte: **el arte de mantener encendida la lámpara interior, incluso cuando la noche parece que se alarga**, porque la promesa es clara y cierta: **volverá**.





Fac nos, omnipotens Deus, sanctis ex sultare gaudiis, et pia gratiarum actione lætari, quia Christi Filii tui ascensio

est nostra propectio, et quo processit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis.

Traducción literal: *Haznos capaces, Dios omnipotente, de exultar con santos gozos y de alegrarnos con piadosa acción de gracias, porque la ascensión de tu Hijo, Cristo, es nuestro progreso, y adonde ha llegado la gloria de la Cabeza, allí es llamada también la esperanza del Cuerpo.*



La oración colecta de hoy, inspirada en san León Magno, nos introduce en la Ascensión con una palabra luminosa: **propectio**, progreso. Cristo asciende y, en Él, ascendemos también nosotros. No es alejamiento, sino **comunión más honda**: la Cabeza se eleva para atraer al Cuerpo; el Hijo entra en la gloria del Padre para abrirnos el camino.

La liturgia contempla este misterio no como despedida, sino como **movimiento de esperanza**. Donde ha llegado la Cabeza, allí está llamada la esperanza del Cuerpo. Cristo no se aleja: **transfigura la tierra** con su presencia gloriosa. Su subida es nuestra elevación; su gloria, nuestra vocación.

Una súplica humilde

La colecta comienza con una súplica humilde: **Fac nos, omnipotens Deus:** "Haznos capaces, Señor". No pedimos solo entender, sino **participar**. La fe no es

mirar el misterio desde fuera, sino entrar en él. Por eso la oración une **alegría santa** y **acción de gracias**: quien contempla la Ascensión descubre detrás del signo el amor que se entrega; detrás del rito, la comunión que transforma.

La liturgia nos educa en el ritmo de Dios: nos enseña a dejar que el tiempo se llene de eternidad. La verdadera participación no se mide por la emoción, sino por la **conversión**. Quien celebra con fe, sale distinto: más humilde, más luminoso, más unido.

En el corazón de Dios Padre

La Ascensión revela que el cielo no es un lugar lejano, sino una **relación transformada**. Cristo lleva consigo nuestra humanidad, la introduce en el corazón del Padre y orienta nuestra historia hacia la plenitud. Cada gesto de amor, cada acto de fe, cada lágrima ofrecida, **asciende con Él** como precioso incienso.

La obra del Espíritu

La plegaria concluye con una imagen de profunda unidad: **quo processit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis**. Donde ha llegado la gloria de la Cabeza, allí es llamada la esperanza del Cuerpo. Esta unidad no es idea ni sentimiento: es **obra del Espíritu**, que nos configura con Cristo y nos hace participar de su vida. Por eso, cuando Cristo ama, aprendemos a amar; cuando perdona, recibimos fuerza para perdonar; cuando se entrega, descubrimos que la verdadera libertad está en darnos. **Donde está Cristo, allí estamos llamados nosotros**, porque su elevación es nuestra esperanza y su gloria, nuestra vocación.

**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



**DOMINGO
VII de Pascua "A"
Ascensión del Señor**



¿Galileos: qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?